

Sobre la noción de información

Aportes y alcances de una definición

Por Elizabeth Martínez de Aguirre

Profesora Titular "Lenguajes I" - Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales - U. N. R.

Sumario:

En este artículo reflexionamos acerca de uno de los conceptos centrales que atraviesan de manera transversal el campo de estudios comunicacionales: la información. Esta noción ha sido objeto de (numerosas y) diferentes definiciones en las distintas tradiciones teóricas que constituyen el área de estudios de lo que hoy podríamos denominar "Ciencias de la Comunicación" y, en este sentido, el 'análisis del discurso' no ha permanecido indiferente a las tensiones que su asimilación en los diferentes paradigmas teóricos (algunos de ellos francamente opuestos entre sí) ha generado. Al contrario, el enfoque discursivo nos ofrece herramientas conceptuales para el análisis de la noción de información que permiten precisar su alcance sobre todo en el ámbito de la comunicación mediática y la prensa diaria.

Descriptores:

Información - Definiciones - Género Discursivo - Discurso de la Información

Summary:

In this article we think about one of the main concepts that goes through the field of communication studies: information. This notion has been object of several definitions in the different theoretical traditions that comes to the study area of what we could define today as "Communication Sciences". In this way, the 'Analysis Discourse' hasn't remained indifferent to the tensions that its assimilation in the different theoretical paradigms (some of them actually opposite to each other) has created. On the contrary, the discursive focus offers us conceptual tools for the analysis of the notion of information that allows to precise its reach in the mass media communication and the everyday press context.

Describers:

Information - Definitions - Discursive Genre - Discourse of Information

Aunque es universalmente aceptado que en todas las sociedades los seres humanos se han dedicado a la producción e intercambio de informaciones y bienes simbólicos para organizar su convivencia, la noción de "información", tal como nosotros la concebimos en la actualidad, es relativamente reciente y su institucionalización, al igual que otras instancias de la vida cultural contemporánea, es el resultado de una construcción simbólica que la Modernidad viene edificando pacientemente (J. B. Thompson, 1998). En este sentido, ya sea que conceptualicemos el término "modernidad" como una época, una estructura institucional, una experiencia o un discurso (J.J. Bruner en C. Altamirano, 2002), en cualquiera de los casos, existe un acuerdo intelectual generalizado acerca de la importancia decisiva que han tenido los medios de comunicación para la fortalecimiento de este proyecto socio-político y filosófico-estético cuya consolidación ha estado particularmente ligada a la difusión de los *mass media*, sobre todo si consideramos que tanto la modernidad como la revolución industrial, especialmente en la segunda fase, corren paralelas.

La aparición de lo que podríamos convenir en llamar "conciencia informativa" está directamente ligada a la invención de las *news* y, con ellas, a la emergencia de aquellos nuevos géneros que preceden a la denominada "industrialización de la cultura": el folletín, el cómic y la publicidad en el siglo XIX. Y es también en esta etapa cuando comienzan a instalarse, en el conjunto de la sociedad, dos ideales asociados a la idea de información que se proyectarán hasta el presente: el ideal del libre flujo informativo *-free flow-* (que reaparecerá con fuerza doctrinal durante la llamada Guerra Fría) y el ideal de la instantaneidad de la información (indisolublemente unida a los cambios tecnológicos en las telecomunicaciones). Ambos, traerán aparejada la creación de las grandes empresas mediáticas y agencias de prensa que, a partir de ese momento, constituirán el centro del sistema mundial de noticias tanto en Europa como en América y que durante el siglo XX serán objeto de disputa y controversia fundamentalmente a partir de 1945 durante el período de

la posguerra (A. Mattelart, 1998) hasta llegar a la actual *sociedad de la información* (D. Mc Quail, 1997) que, entre sus promesas y problemas, registra la conformación de conglomerados transnacionales de comunicación como elementos clave en el sistema global de difusión e información.

Si la dimensión histórica del concepto de información plantea las complejidades que apenas atisbamos en los párrafos anteriores, una definición teórica del mismo no nos ahorra esfuerzos. Su empleo en los estudios disciplinares que han encontrado en la comunicación uno de sus principales centros de interés -en sentido amplio, teorías mediológicas, comunicativas, semióticas, lingüísticas- ha sido tan polémico como fecundo. En una primera aproximación, esta noción nos remite a un abanico de posibles definiciones que, a su vez, aluden a un conjunto de problemas de los cuales se han ocupado diferentes vertientes teóricas contemporáneas. El cuadro de "acepciones básicas" elaborado por Gonzalo Abril resume el estado actual de la cuestión y da cuenta de las variadas significaciones y orientaciones del término en tres grandes ámbitos: 1) técnico-operacional: de corte funcionalista, 2) cognitivo-semántico: que aborda el problema del significado y 3) socio-discursivo: orientado hacia la captación del sentido (G. Abril, 1997).

La idea de rareza estadística (Gubern [1974], 1981), es decir, cuanto más probable es un fenómeno menos informativo es y viceversa, constituye el corolario -muy resumido aquí- de las primeras investigaciones sobre las características y propiedades de la información y, más específicamente, sobre las condiciones óptimas de su transmisión. Esta idea se corresponde con las perspectivas norteamericanas clásicas que surgieron a partir de los años cuarenta bajo el influjo de la Segunda Guerra Mundial, un hecho que introdujo variantes sustanciales en la gestión socio-semiótica de la información al centrar el proceso de producción de sentido en el eje de la persuasión. La búsqueda de este nuevo efecto de sentido estaba necesariamente vinculada a las necesidades comunicativas de una época en la cual la inocencia de los

públicos había sido ya desplazada por las desilusiones y los desencantos que habían dejado tras de sí las distorsiones informativas de la Primera Guerra estudiadas tempranamente por Harold Lasswell quien publicó sus conclusiones 1927 bajo el explicativo título: *Propaganda Techniques in the World War*. Y será más adelante, durante el período de las sordas disputas de la guerra fría, cuando la noción de información va a adquirir definitivamente su condición de "símbolo calculable" (A. y M. Mattelart, 1997).

En este contexto, la formulación inaugural del modelo matemático de la comunicación elaborado por Claude Shannon y Warren Weaver se nos presenta como heredero de las investigaciones realizadas en el campo de la ingeniería en telecomunicaciones durante la primera mitad de siglo XX y entre las apropiaciones que contribuyeron a su difusión y "éxito" - en el campo de los estudios mediológicos y comunicacionales- se destacan sobre todo aquellas teorizaciones que, habiendo abandonado los determinismos funcionalistas y conductistas que habían caracterizado a la versión original, supieron aprovechar su potencial explicativo respecto de algunos fenómenos vinculados con la producción, transmisión y recepción de la información: la *teoría general de la información* y la *comunicación* de Robert Escarpit, la *teoría semiótica general* de Umberto Eco y la *teoría lingüística* de Roman Jakobson posteriormente revisada, entre otros, por Catherine Kerbrat-Orecchioni.

Todos los autores arriba mencionados incursionaron en el segundo ámbito del análisis -que trataremos a continuación- al explorar críticamente las posibilidades de aplicación de la noción de información en diferentes áreas y desde distintas perspectivas. También ellos coincidieron en poner de manifiesto las profundas limitaciones de la *teoría matemática de la información* al evidenciar las fronteras epistemológicas que la cercaban, a saber: la imposibilidad de aplicar el concepto de entropía y la consecuente inviabilidad de la fórmula de Shannon; una concepción contradictoria del código que puede ser entendido como sintaxis interna de una secuencia de señales o como una corre-

lación entre elementos de sistemas distintos y la omisión sistemática del análisis de la dimensión relativa a la significación como parte constituyente tanto del código comunicativo como del proceso comunicacional.

Ahora bien, si nos posicionamos en el segundo nivel de análisis, es decir, desde el punto de vista cognitivo-semántico nos encontramos con una problemática que recubre una amplísima extensión conceptual que incluye, entre los tópicos más relevantes: 1) los planteos de la lógica moderna que -después de Gottlob Frege- tiende a identificar información con contenido proposicional de los enunciados; 2) los estudios semióticos y lingüísticos que asocian a la información con el contenido semántico cuya descripción puede, asimismo, incluir la dimensión pragmática y las variaciones que introducen los contextos comunicacionales en la construcción de los significados y 3) las investigaciones de la "ciencia cognitiva" cuya metáfora maquina "mente-computadora" inaugura la reflexión contemporánea sobre la inteligencia artificial y los sistemas de procesamiento de la información (J. Searle, 1994; L. Sfez, 1995). En todos los campos, lo que se percibe es un horizonte de apertura a través de la incorporación de los problemas relativos a la construcción del significado y del conocimiento en la definición misma de la información.

Por último, y desde el punto de vista socio-discursivo ya no será el significado el problema central a tratar (y los interrogantes relativos a su codificación, articulación o comprensión) sino la cuestión del sentido y las preguntas que se van a formular en este nuevo espacio estarán referidas a los modos o, más precisamente, a las gramáticas tanto de producción como de reconocimiento- que intervienen en su producción a escala social (P. Fabbri, 1995; E. Verón, 1987). Según este enfoque, la información podrá ser definida como discurso, como formación discursiva y como institución de la sociedad moderna.

La información como discurso

Como planteábamos al comienzo, una definición minimalista de la información, al estilo funcionalista, podría haber postulado que consiste en un trayecto breve entre una fuente que sabe algo o conoce algún dato que será transferido como un mensaje a un destinatario que lo desconoce. Un recorrido simple y basado, a primera vista, en el sentido común aunque, según ya vimos, esta idealización procedente de la difusión del modelo elaborado por dos ingenieros en telecomunicaciones a mediados del siglo pasado deja abiertos innumerables interrogantes. Al contrario, la definición de información que se propone en este tercer nivel de análisis es discursiva ya que, en última instancia y en las exactas palabras de Patrick Charaudeau, "la información es pura enunciación: (...) La información construye saber en forma de discurso y, como todo discurso, depende a la vez del campo de conocimientos que trata, de la situación de enunciación en la que se inserta y del dispositivo en el cual circula. (P. Charaudeau, 2003:44).

Asumir una definición discursiva de la información implica abrir el horizonte de nuevas formulaciones teóricas dirigidas tanto al esclarecimiento tanto de los mecanismos formales como a la descripción de los procesos de semiotización que hacen posible la realización del acto informativo y del discurso de la información, sobre todo en el ámbito de la comunicación mediática. Al mismo tiempo, el reconocimiento de la existencia del discurso de la información presupone, de alguna manera, la idea de que existen otros tipos de discursos que no son informativos e implica la presencia subyacente de una cierta tipología discursiva o de diversos géneros discursivos, uno de los cuales podría denominarse "informativo". Veamos ahora más en detalle esta cuestión.

La demarcación de la noción de género discursivo, ya sea a partir de la observación empírica o del análisis abstracto, recorre el pensamiento occidental desde la Antigüedad hasta nuestros días y, en muchos momentos, el concepto mismo de "género discursivo" ha estado relacionado - y hasta llegó a confundirse-

con el concepto de "tipo de texto"; esta confusión o uso indiferente de los dos términos, ha sido señalada, recientemente, entre otros autores, por Dominique Maingueneau (1980, 1999) y Giomar Ciapusio (1994). Al respecto, la sintética distinción que propone Maingueneau entre ambos términos parece la más adecuada a los fines de este trabajo: "Algunos utilizan indistintamente género discursivo y tipo de discurso. Pero hay una tendencia hacia el empleo de género discursivo para los dispositivos de comunicación socio-históricamente definidos: la noticia policial, el editorial, la consulta médica, el interrogatorio policial, los avisos clasificados, la conferencia universitaria, el informe universitario, etc. Dado que el análisis del discurso relaciona palabras y lugares, le otorga un lugar central a esta noción". (D. Maingueneau, 1999).

Por otra parte, también hay que señalar que el estudio de los géneros ha aparecido regularmente vinculado a un aspecto específico del uso del lenguaje: la literatura. Numerosos intentos explicativos o clasificatorios (M. Bajtín, Tzvetan Todorov y Claude Bremond, entre los más relevantes) han enriquecido el desarrollo de diversas reflexiones sobre este tema que ha preocupado largamente a pensadores provenientes de distintas disciplinas y, desde hace un tiempo, también a estudiosos de la comunicación social. La especial atención que ha concitado entre estos últimos la relación medios/géneros es comprensible una vez que se ha extendido el campo del análisis más allá de las fronteras literarias y algunas de las categorías propias de la crítica han resultado útiles a las orientaciones contemporáneas del análisis de la cultura y de los medios de comunicación. Por otra parte, este sistema de préstamos o traslaciones interdisciplinarias de conocimientos y nociones es una característica predominante en la actual configuración de los estudios semióticos, sobre todo ahora, cuando la semiología clásica (estructural, digamos, o de primera generación) ha dado paso a la semiótica: "La diferenciación histórica entre lo que designan estas dos denominaciones consiste en el hecho de que la primera ha llegado a ser una técnica de análisis del cor-

pus, mientras que la segunda, según quedó señalado en la obra de Peirce, es una teoría global de la sociedad y de la cultura, localizada en la producción de sentido. Una teoría y no una disciplina: su carácter global (a diferencia de la condición de la "semiótica europea", inspirada en los trabajos de Greimas) no corre el peligro de traducirse en pretensiones imperialistas: la semiótica, en la medida en que es una teoría de la producción de sentido puede (y debe) articularse con las conceptualizaciones de la historia, de la antropología, de la sociología, de las ciencias políticas y de la economía" (E. Verón, en Veyrat Dayan, [Comp.], 1996).

Desde un punto de vista semiótico, o socio-semiótico, entonces, hoy podemos decir que "los géneros, en tanto institución discursiva, son clases de textos u objetos culturales discriminables en toda área de circulación de sentido y en todo soporte de la comunicación" (O. Steimberg en C. Altamirano [Comp.] 2002). ¿Cómo reconocer, en tal caso, la existencia del discurso de la información (y aislar sus características y propiedades) como un género específico en el mar de discursividades contemporáneas? Mijail Bajtín propuso tres momentos (aproximadamente, criterios) mediante los cuales podría reconocerse la existencia de un conjunto estable de enunciados en una esfera dada de comunicación, es decir, la existencia de un género discursivo: el contenido temático, el estilo y la composición. Estos tres elementos podrían, por sí mismos, dar respuesta a la especificidad del género informativo -cuyo tema central (o permanente, digamos, más allá de toda coyuntura informativa que, evidentemente, se abriría al infinito del mundo) gira alrededor de la idea de actualidad, su estilo está ligado a la objetividad y su composición o estructuración narrativa sostiene la veracidad de los contenidos que comunica- pero quizás resultaría un poco restrictivo, a la luz de los desarrollos contemporáneos sobre esta cuestión, resolver el problema de delimitación del género que planteábamos con estos instrumentos de análisis solamente.

Además, es preciso señalar los aportes de la tradición inglesa de los *estudios culturales* que ha trabaja-

do con una extensión semiótica la noción de género y ha ampliado sus alcances. Desde esta perspectiva, la definición del género ya no se referirá solamente a los usos del lenguaje verbal asociados a prácticas sociales específicas o examinados en su especificidad literaria o artística sino que se proyectará al ámbito cultural más extendido y se utilizará para caracterizar gran parte de los productos culturales en los que el uso de la palabra sigue ocupando un lugar preponderante pero compartido con otros signos no-verbales: actualmente la noción de género es utilizada para describir las particularidades socio-semióticas de los nuevos "productos culturales" que han surgido de la mano de la cultura de la modernidad y las nuevas tecnologías de la comunicación.

Hoy hablamos en forma corriente de géneros cinematográficos (cine negro, de acción, melodrama, de aventuras, comedia, musical, etc.) o de géneros televisivos (concursos, magazines, deportivos, talk shows, reality show), de actualidad, del corazón, debates, publicidad, etc.) o radiofónicos (tertulias, entrevistas, de música, de actualidad, etc.) aunque, simultáneamente, afrontamos dificultades de definición y clasificación ya que los paradigmas de género no se comportan como *nomencladores universales*: "Es difícil aislar las características precisas de un determinado género y lograr hacer una lista finita de todos los géneros diferentes (sea para un solo medio sea para todos ellos). Por otra parte, no es posible aislar características que indiquen distinciones entre géneros: no se trata sólo del asunto, ni sólo del estilo, ni tampoco de establecer sencillamente convenciones apropiadas a cada género. El género es todo eso al mismo tiempo, pero como los paradigmas no se comportan como listas de supermercado. Puede ocurrir que el simple hecho de agregar una sola película al género del *western*, por ejemplo, modifique todo ese género, aún cuando ese *western* exhiba poco de las convenciones reconocidas, el estilo o los asuntos tradicionalmente asociados al género. Algunos ejemplos de este efecto son las películas *Butch Cassidy and the Sundance Kid*, *The Wild Bunch* (La pandilla salvaje) y

Badlands. De modo que los géneros son paradigmas dinámicos y no listas precisas; no se puede, pues, describirlos por sus propiedades intrínsecas. Aun así, los géneros tienen un efecto material tanto en la organización de nuestras respuestas a un film como en las formas en que la industria misma institucionaliza su producto: hubo estudios enteros dedicados a géneros particulares; la MGM, por ejemplo, dedicada a los musicales, y la Warners, a las películas de gánsters y existen actores, directores y guionistas identificados a menudo por completo con un solo género, como Hitchcock, Huston, Berkeley, etcétera" (J. Hartley en O'Sullivan y otros, 1995:167).

Este enfoque, confirma las precauciones que debemos tener en cuenta al adoptar la noción de género para definir discursivamente a la información ya que a la problemática de la proliferación indefinida de los géneros y las dificultades clasificatorias señaladas se agrega ahora la pregunta por la especificidad de cada género. Si aceptamos que los géneros no pueden definirse solamente por sus "características intrínsecas" ¿cuáles serán entonces los criterios válidos para su reconocimiento que, de hecho, existe y es operativo? Nadie confundiría un enunciado informativo con uno poético ni esperaríamos obtener algún conocimiento financiero de la lectura de un soneto pero sí de la sección económica de un matutino porque son las operaciones de reconocimiento de los géneros las que aportan las condiciones mínimas para la interpretación de los discursos. Y este reconocimiento tiene que basarse, necesariamente, en la captación de ciertas propiedades. Pero, ¿cuáles?

Hartley ha propuesto una "definición negativa" (una resolución que nos recuerda los principios clasificatorios de las entidades lingüísticas según el pensamiento estructuralista) del género cuya especificidad sólo podría captarse en su relación con otros en un momento sociocultural determinado: "(...) tenemos que entender el género como una propiedad de las relaciones entre textos y, por lo tanto, una propiedad de la significación. Esto equivale a decir que los géneros sólo pueden definirse negativamente, o relacio-

nalmente, por la diferencia que se percibe entre la obra en cuestión y aquellas obras que corresponden a géneros diferentes y otros ejemplos pertenecientes al mismo paradigma de género. Se sigue de ello que no existe un conjunto de propiedades intrínsecas que defina un género o todos los géneros para uno o todos los medios, y todas las épocas. El conjunto de géneros existentes en un particular momento histórico determinará el modo en que es entendido cada uno de ellos y en que cada texto individual se ajusta a alguna de las categorías presentes" (J. Hartley en O'Sullivan y otros, 1995:168).

En realidad, Bajtín ya había señalado la inestabilidad de las formas genéricas (en comparación con las lingüísticas que se organizan de manera rígida al interior del sistema de la lengua) y su carácter ágil y elástico. También había indicado el aptitud mediadora de los géneros discursivos entre la historia de la sociedad y la historia de la lengua: "Ni un solo fenómeno nuevo (fonético, léxico de gramática) puede ser incluido en el sistema de la lengua sin pasar la larga y compleja vía de la prueba de elaboración genérica" (M. Bajtín, 1998:254). Pero si una "definición negativa" del género -que reconozca la transitoriedad histórica de sus propiedades y la consecuente plasticidad y fugacidad de las formas que, en un determinado momento, resultan "típicas" para el conjunto social- debe proceder por comparación la pregunta es: ¿cuáles son los elementos que nos permitirán realizarla? O, dicho en otros términos, la cuestión ahora es establecer los parámetros que permitan realizar el conjunto de distinciones necesarias entre "aquellas obras que corresponden a géneros diferentes y otros ejemplos pertenecientes al mismo paradigma de género", parámetros que deberán establecerse en relación con las propiedades discursivas que, agrupadas, constituyen formas genéricas.

Al respecto, Maingueneau -refiriéndose a los riesgos teóricos y metodológicos que implicaría una proliferación indefinida de los géneros- ha establecido un conjunto de restricciones para definirlos y, asimismo, para compararlos entre sí:

1) El estatus respectivo de los enunciadores y de los coenunciadores;

2) Las circunstancias de espacio y tiempo de la enunciación;

3) El soporte y los medios de difusión,

4) Los temas que pueden introducirse y

5) La longitud, el modo de organización, etcétera.

(D. Maingueneau; 1999:32).

En este contexto, entonces, y teniendo a la vista la multiplicidad de elementos teóricos y metodológicos que entran en juego al apoyarnos en una definición discursiva de la información, consideramos que las particularidades del discurso de la información, en tanto que género, sólo pueden ser captadas en el nivel del sentido considerándolo como conjunto de efectos y representaciones, siempre vinculadas a las dimensiones de lo ideológico y del poder, que elaboran la imagen que tenemos de la realidad social y que configuran algunos aspectos de nuestra identidad cultural: "Una sociedad elige y codifica los actos que corresponden más o menos a su ideología; es por esto que la existencia de ciertos géneros en una sociedad, o su ausencia en otra, son reveladores de esta ideología y nos permiten establecerla más o menos con una gran certeza. No es un azar el hecho de que la epopeya sea posible en una época, la novela en otra; que el héroe individual de ésta se oponga al héroe colectivo de aquélla: cada una de estas elecciones depende del cuadro ideológico en el seno del cual se llevan a cabo" (T. Todorov; 1996:55).

Por otra parte, una definición discursiva de la información, y de la hegemonía contemporánea del discurso de la información, conlleva, necesariamente, una dimensión histórica ya que, a partir de aquí, esta noción no podrá comprenderse únicamente como un concepto formal (estadístico, cibernético o cognitivo) sino que, al ser entendida como un discurso, deberá interpretarse como un fenómeno socio-históricamente determinado: "En la época pre-moderna puede hablarse de ideas, saberes o representaciones sociales pero no de información. La información sólo se des-

arrollará en el mismo proceso de expansión de la imprenta y de las publicaciones impresas, conocerá un nuevo impulso a través del despliegue de los medios de comunicación electrónicos y llegará a adquirir una importancia central en la organización social, política y cultural del mundo contemporáneo". (G. Abril, 1997:33). Para decirlo de manera sintética: como cualquier otra institución, los géneros discursivos evidencian los rasgos constitutivos de la sociedad a la cual pertenecen. ¿Cómo no pensar, entonces, en el discurso de la información como aquél género dominante cuya soberanía y centralidad fue consolidándose progresivamente en los países centrales después de la Conferencia de Yalta?

Por supuesto, la expansión fenomenal de los medios masivos de comunicación social ligada a la llamada "revolución tecnológica" acompaña, si no sostiene, esta hegemonía discursiva de la información en las sociedades o en los estamentos sociales que han podido acceder -porque sus condiciones económicas así lo han permitido- a esta "nueva era". Lo que resulta interesante preguntarnos en este punto es si, efectivamente, los *mass media* constituyen el espacio propio -el único- del discurso de la información o solamente conforman uno de los dispositivos de comunicación necesarios, el más importante quizás en este momento, para su realización... En este aspecto, todo parece indicar que la segunda hipótesis sería la más apropiada.

Y aunque es cierto que son los medios -diarios, radio, cine, televisión, Internet- los soportes desde los cuales se procesa y difunde el discurso de la información a escala industrial y globalizada también parece evidente que el discurrir informativo no ha dejado de transitar otros canales -más o menos formalizados- que tradicionalmente han permanecido ligados a su conformación: desde las agencias de noticias y el marketing informativo hasta el rumor callejero o el relato literario. También en estos ámbitos se genera, circula y se interpreta el discurrir informativo... tanto es así que, haciendo memoria, no puedo dejar de recordar las palabras iniciales de Rodolfo Walsh en *Operación*

Masacre donde cuenta que la primera información de los fusilamientos clandestinos de 1956 le había llegado en forma casual, en una noche asfixiante de verano y frente a un vaso de cerveza cuando un hombre se acerca y le dice: "-Hay un fusilado que vive".

Bibliografía

- ABRIL, G. *Teoría general de la información*, Barcelona, Paidós. 1997.
- ALTAMIRANO, C. (comp.) *Términos críticos de la sociología de la cultura*, Barcelona, Paidós, 2002.
- BAJTIN, M. *Estética de la creación verbal* (1979), México, Siglo XXI. 1998.
- CIAPUSCIO, G.; *Tipos textuales*, Buenos Aires, Secretaría de Extensión Universitaria, Facultad de Filosofía y Letras, Oficina de Publicaciones del Ciclo Básico Común, UBA, Buenos Aires. 1994.
- CHARAUDEAU, P. *El discurso de la información* (1997), Barcelona, Gedisa, 2003.
- FABBRI, P. *Tácticas de los signos*, Barcelona, Gedisa. 1995.
- GUBERN, R. *La imagen y la cultura de masas* (1974), Barcelona, Bruguera. 1981.
- MAC QUAIL, D.; *Introducción a la teoría de la comunicación de masas* (1983), México, Piados. 1993 (2ª edición corregida y ampliada).
- MAINGUENEAU, D. *Introducción a los métodos del análisis del discurso*, Buenos Aires, Hachette. 1980.
- Términos claves del análisis del discurso* (1996), Buenos Aires, Argentina, Nueva Visión. 1999.
- MATTELART, A. *La mundialización de la comunicación* (1996), Barcelona Paidós. 1998.
- MATTELART M. y A. *Historia de las teorías de la comunicación* (1995), Barcelona, Piados. 1997.
- O'SULLIVAN, T. y otros; *Conceptos clave en comunicación y estudios culturales* (1995), Buenos Aires, Amorrortu. 1997.
- SEARLE, J.; *Mentes, cerebros y ciencia* (1984), Madrid, Cátedra. 1994.
- SFEZ, L. *Crítica de la comunicación* (1988 y 1992), Buenos Aires, Amorrortu. 1995.
- STEIMBERG, O. *La recepción del género*, Universidad

Nacional de Lomas de Zamora, Lomas de Zamora. 1988.

STEIMBERG, O. *Semiótica de los medios masivos*, Buenos Aires, Atuel, 1993.

STEIMBERG, O. Y TRAVERSA, O.; *Estilo de época y comunicación mediática*, Buenos Aires, Colección del Círculo, Atuel. 1997.

THOMPSON, J. B. *Los media y la modernidad (Una teoría de los medios de comunicación)* (1997). Barcelona, Paidós. 1998.

TODOROV, T. *Los géneros del discurso* (1978). Caracas, Monte Avila Editores. 1996.

VERON, E. *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Buenos Aires, Gedisa. 1987.

VEYRAT MAYAN, I. y DAYAN D. (Comps.), (1997) *Espacios públicos en imágenes*, Barcelona, Gedisa.

Registro Bibliográfico

MARTINEZ DE AGUIRRE, Elizabeth.

"Sobre la noción de información. Aportes y alcances de una definición discursiva", en *La Trama de la Comunicación Vol. 11, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación*. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario. Rosario. Argentina. UNR Editora, 2006.